

Estos soldados sin embargo no son automatatas pues no obedecen indifere-
temente a quien quiera pretenda llevarlos: quieren sentir en sus jefes
una energia fisica y moral igual a la suya, y ademas la precision del
golpe de vista capaces de vastas combinaciones. Cuando tienen confianza
no razonan, maniobran con toda docilidad; cuando desconfian, pierden la co-
hesion que solo la confianza puede dar. Continuan entonces x reflexio-
nando, asi no sea mas que en la eleccion que han hecho entre sus jefes. x
Si los jefes tienen interes en elegir sus soldados, los soldados jam s fx
faltan a hacer la eleccion de aquellos que los mandan. No obedecen verda-
deramente mas que a aquellos a quienes se entregan. Un Scherer puede al-
canzar una victoria por casualidad, lo mismo que un Bonaparte puede ser
vencido: sin embargo el primero, aun despues de su victoria, jamas tendra
tropas en la mano, y el segundo, aun vencido las poseerá siempre en cuerpo
y alma. Asi se dibujan en sus rasgos generales los sentimientos del
nuevo ejercito: lex será facil a un jefe como Bonaparte convertirlos en
energia activa.-

Este ejercito joven y ardiente ha vencido ya contra todas las reglas
de la vieja estrategia. Semejantes reglas no pueden convenirle. La vieja
estrategia trataba a sus invidades no como fuerzas vivientes, sino como
masas casi inertes, solamente capaces de moverse con pesadez de un punto
al otro y de lanzar una cantidad determinada de balas; de esta concepcio-
de un esfuerzo muy limitado y muy lento, debido al numero y a la energia
pasiva, derivaba una limitacion rigurosa del horizonte estrategico, una
guerra por entero de puestos y de fronteras. El ejercito revolucionario
ha ensanchado mucho este horizonte desde el 93. Sus generales se acostum-
bran a las vastas operaciones. Solicitan a sus soldados esfuerzos desmes-
surados. Dejan a cada una de las fracciones en movimiento una cierta li-
bertad de acción. Hasta en los menudos detalles de ejecucion, la guerra
nueva deriva de la confianza de los jefes en el valor individual de ca-
da uno y en la cooperacion activa de todos. El ejercito ya no es mas una
coleccion de peones sobre un tablero, es una asociacion unida por lazos
muy fuertes, donde cada uno, desde el general al soldado, aporta su contri-
bucion personal a la obra comun. Obra que es ciertamente la de cada uno
y la de todos, y solo de los militares, pues desde el fin de la Convencion
y del Comite de Salud Publica, no hay mas representas en mision cerca de
los generales: el poder civil ha perdido su terrible prestigio, no esta
representado bajo el territorio mas que por modestos comisarios-ordena-
dores: el ejercito es dueño en sus campos.

A estas tropas en las que desbordaba una energia capaz de dambiar al
mundo, le faltaba un hombre de concepciones dignas de un instrumento se-
mejante. Este hombre se encontro en Bonaparte.